

Aníbal Angulo

Los rostros de una península

Eduardo Langagne

La Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes celebró el lunes 26 de septiembre de 2016 la presentación del libro *Bajo la piel del tiempo*, un fascinante compendio de la vida y obra del artista plástico sudbajacaliforniano Aníbal Angulo, nacido en 1943.

Siempre pensé que Aníbal había nacido con bigote. Debo decir, sin embargo, que no me desencanto al observar la fotografía donde el artista aparece muy joven, con su misma mirada penetrante y seductora, sin esa identificable y característica imagen suya en el libro que honra el trabajo de un artista polifacético e indispensable en el ambiente cultural de México de los últimos cincuenta años.

Bajo esta resistente piel del tiempo hay medio siglo de trabajo creativo de Aníbal Angulo, iniciado en las revistas de los años setenta que numerosos lectores coleccionaron justamente por sus cualidades artísticas; cuando el ambiente editorial de las publicaciones periódicas propuso una relevante manera de mostrar las características de nuestra belleza femenina y en la que Aníbal puso su ojo y su imaginación para crear una iconografía traducida en indudable aporte a la historia de la fotografía y del arte mexicanos. El continuo desarrollo de ese trabajo se daría en el dibujo, el grabado, la pintura, la escultura y otros diseños que se suman al inventario de un permanente y pertinaz innovador.

Celebro la edición del estado de Baja California Sur, pues nos permite contar con información biográfica e histórica y un catálogo consistente de la obra de verdad singular de este importante creador nacido en su territorio. Recordemos que en 1943 el estado era todavía

un territorio; según mis propias cuentas, la ciudad de La Paz tenía entonces menos de veinte mil habitantes.

En la cuarta de forros, Ernesto Velázquez con pluma ágil y evocadora anota que “Las narraciones de su arte recobran la pintura rupestre, las especies marinas, la arena, los troncos arrojados por el mar, la memoria de naufragios y de naves incendiadas y los paisajes desde donde zarpa la mirada”.

Quien ha recorrido en algún momento de su vida un tramo de carretera peninsular, quien ha gozado de una caminata en las playas de la zona o un paseo por las calles de La Paz, o una aventura en lancha por la Bahía y sus alrededores (tú lo sabes, Carlos Contreras), ha observado a Aníbal detenerse de pronto a recoger un pedazo de tronco que sugiere una forma de sirena o de muchacha, o reconocer un león marino o una ballena en la piedra que acopia en el instante. Aníbal es capaz de traer a bordo de la embarcación una cámara al hombro, como un custodio de la belleza o un vigía del asombro del mundo.

Luego veremos las fotografías, los dibujos, los grabados o las esculturas, en secuencias creativas que nos demuestran la obvia necesidad de que los artistas de todas las disciplinas adquieran la destreza de saber ver lo suyo, y se estimulen aun en los detalles en apariencia insignificantes.

Escribe Aníbal Angulo:

Huyendo del anzuelo
el pez volador
se oculta tras las nubes



Aníbal Angulo, *Isla Espiritu Santo*, fotografía digital, 2014

Así que simultáneamente con el trazo poético, la fotografía, el instante de la luz que se detiene, ha sido también para Aníbal Angulo un lienzo para su mirada siempre alerta.

Como quien reúne conchas en la palma de su mano, junta palabras de sonido similar y dicharachero para anotar que el ángulo de Angulo es sorprendente por su ubicuidad en el denominado punto de vista; son de resaltar las miradas distintas y las técnicas que utilizó desde sus comienzos, primero al captar la imagen acompañando sereno el obturador, recortando posteriormente el espacio de las fotografías, ampliando, contrastando, cotejando, combinando las posibilidades estéticas de este arte con el auxilio del proceso en la etapa de las emulsiones, los químicos reveladores y fijadores, después con el uso creativo de las tecnologías.

Cuando no existía el Photoshop, aquello era una tarea de artesano: cúter, tijeras, hojas de rasurar partidas en dos y otras navajitas, recortes de cartulina para sombrear la exposición en el cuarto oscuro, cartones y papeletos. Sobreexposiciones y búsquedas experimentales, trabajando en un laboratorio con revelados que devinieron revelaciones para el artista y también para el espectador.

Confirmando en la previsible incerteza de Wikipedia que los procesos varían conforme al procedimiento y material fotográfico que se esté utilizando; que en blanco y negro el revelado del negativo consta por lo regular de siete pasos, de cinco para el del papel en el caso de utilizar papel resina, y de ocho para papel fibra. Así veo que los tanteos químicos usados por el doctor Aníbal en el cuarto oscuro participaron como aliados y coopera-

ron en su resultado estético: bellas fotografías en blanco y negro, como en las ceremonias de gala.

Aníbal ha destacado en entrevistas las ideas editoriales de Gustavo Sainz, a quien muchos de nosotros debemos un impulso inicial de nuestros oficios.

Los desnudos de Pilar Pellicer, Helena Rojo, Isela Vega en las fotografías de Aníbal Angulo y de la joven fotógrafa Labina Lugan (anagrama de Aníbal Angulo, como puede advertirse, inventado también por la fiebre de los editores) son parte de la iconografía de nuestra formación sentimental. Cuando no podía mostrarse al público lo prohibido por la triste censura, la imaginación de Aníbal Angulo comenzó a idear cómo traernos desnudo el instante de la luz, a flor de piel.

Pocos años más tarde, Nacho López (Ignacio López Bocanegra, 1923-1986), imprescindible de nuestro arte fotográfico, con motivo de la bienal de 1980, resaltando el contraste entre las propuestas a evaluar, anotaba: “En el terreno de la estética y auténtica innovación están los desnudos de Aníbal Angulo, imaginaria cargada de significaciones sexuales y sensuales dicha con alarde de técnica, originalidad nunca vista en otro lado”.

Bajo la piel del tiempo nos recuerda que Aníbal ha ofrecido, también generosamente, parte de su tiempo creativo para la promoción cultural. Parece sencillo haber participado en la conformación del Consejo Mexicano de Fotografía y dedicar todos los jueves durante diez años de su vida a mantener la dinámica de esa organización; parece fácil haber estado activo más tarde en la integración del Foro de Arte Contemporáneo. A su regreso a Baja California Sur, dedicó sus esfuerzos y ges-



Aníbal Angulo

tiones a la creación del Instituto Sudcaliforniano de Cultura, del que fue su primer director.

Escribe Aníbal:

A caminar mi pasado
he vuelto a casa

La obra de Aníbal ha merecido la atención de Teresa del Conde, Pedro Meyer, Patricia Mendoza, Alfonso de Neuvillate, Rafael Santín, es decir, críticos, artistas, periodistas y promotores culturales; de Juan Miguel de Mora, además de otros escritores como Salvador Elizondo, Vicente Quirarte y Felipe Garrido, miembros de El Colegio Nacional y académicos de la lengua. De manera muy estimulante para cualquier creador, puesto que —se dice— nadie es profeta en su tierra, ha sido reconocido por sus propios paisanos: escritores como Dante Salgado y Leonardo Varela. Generaciones más nuevas en la valoración sincera del artista predecesor.

Tengo la suerte de haber compartido con Aníbal una visita a las pinturas rupestres de la península. Una vuelta al oasis en medio del desierto. Un taller de gráfica en Colima, a la sombra de una frondosísima parota. Los inquietos o serenos paisajes del mar, que no viaja, como sabe Gómez de la Serna, pero ve viajar... Los reflejos del sol en esa península que los primeros visitantes creyeron isla. Y navegando en un pequeño barco Aníbal me regaló la aventura de pescar un marlín; el inolvidable paisaje, el recuerdo vital de un inmenso marlín enseñándonos a reflexionar sobre la vida, la lucha por la vida. La Paz.

Usaré otras tres palabras para referirme a Aníbal Angulo: irreverente, irremplazable, irresistible.

El irreverente Aníbal, cuando volvíamos a su casa después de la hora feliz del malecón paceño, preguntando a Margarita, su esposa, dónde guardar el jamón, el pollo, la leche, el queso, las verduras, dónde poner —en fin— todas esas *cosas inútiles*, para desocupar el refrigerador, porque no cabían las cervezas que habíamos traído del expendio.

El irremplazable Aníbal en la foto oportuna, en la atinada decisión del trazo y el color ante las complejidades de la vida y del arte.

El irresistible Aníbal en el conjunto de su obra plástica, en su pintura, sus colores, texturas, óleos, técnicas mixtas; colores de una obra que —cito de nuevo a Ernesto Velázquez— “deja al espectador con el asombro de un nombre mayor del arte contemporáneo”. Colores en su obra gráfica expresiva y sugerente. El azul y sus vaguedades, cuando no sabemos si el color del mar es el que reposa en ese final que la vista apenas alcanza o el color del mar ya es el inicio del cielo, que hace volver la mirada hacia arriba en un giro panorámico; el amarillo que es a veces pálido y otras muchas brillante, traducción del reflejo de la luz según la hora y la estación del año; o cuando se vuelve sepia y ensombrece en el preludio de una oscuridad contrastante; el rojo vistoso y lúdico, horizonte al atardecer o sangre del marlín atrapado por vigorosos brazos, interpretación de la aventura; verdes, distintos verdes como paisajes que cantan trovadores del sur del continente, o el verde de la precisión lírica del poeta de Granada. Colores de Aníbal Angulo que se han expresado largamente *Bajo la piel del tiempo*.

Aníbal Angulo, *Bajo la piel del tiempo*, Instituto Subcaliforniano de Cultura, La Paz, 2016, 301 pp.